

Por Tatiana Macías Muentes  
([tsmacias@usfq.edu.ec](mailto:tsmacias@usfq.edu.ec))



“No es lo mismo”. Algunos dirán que definitivamente no lo es. No es lo mismo interactuar con la comunidad educativa en persona versus mediante una plataforma. Tampoco es igual ver el pizarrón que ver monitores. No es lo mismo la educación presencial que la educación en línea, puesto que –dirían alguno– la experiencia en persona es lo que le otorga su esencia. Lo que sí es cierto es que la tecnología se ha convertido en el centro de nuestras vidas, y que al no sacarle provecho en educación frenamos su crecimiento.

Vivimos una generación singular por la peculiaridad de que la tecnología se inserta en todos los aspectos de nuestra existencia, en una escala que nunca imaginamos. ¿Estábamos listos? Dependiendo de la edad del lector, la respuesta variará en una gran escala que va desde un “no” rotundo hasta un sí “obvio”.

En los últimos años hemos contado con experiencias educativas que van desde lo más tradicional u ortodoxo hasta lo más divergente. Sin embargo, el statu quo no se alejaba mucho del tradicional salón de clases. De pronto, a nivel mundial dimos un brinco inesperado: todo ha cambiado y la forma de educarnos no es la excepción. Hasta hace un par de meses, la educación en línea era una alternativa, hoy es la regla.

Somos seres evolutivos. Nos caracterizamos por ir cambiando y por ir adaptándonos a situaciones y circunstancias. Es decir, compartimos el principio de evo-

lución y adaptación con las instituciones sociales. Considerando que “el problema más importante de las ciencias sociales es explicar cómo las instituciones que sirven al bienestar común y que son extremadamente importantes para su desarrollo llegaron a existir sin una voluntad común dirigida a establecerlas” (Menger, 1985, 6-7), la educación ilustra a cabalidad lo que representa una institución social que surge de manera espontánea para el desarrollo de la sociedad.

Como punto de partida, habría que reflexionar acerca del uso que damos a la tecnología en nuestro día a día. A través de ella, por ejemplo, podemos ubicarnos en una ciudad nueva, escuchar nuestra canción favorita con tan solo solicitárselo a Alexa, hacer pedidos de comida o llevarnos un récord de cuánto caminamos al día. De igual forma, nos educamos con la tecnología cuando le pedimos a

*The University of Everywhere estaría disponible para cualquier persona en el mundo con una conexión a internet y su inscripción será de por vida.*

Google que nos explique el significado de una palabra, o cuando YouTube nos muestra tutoriales para resolver elasticidades, o tal vez nos relata –con animaciones– lo sucedido en el crack del 29.

Al mismo tiempo, habría que identificar cuál es el propósito de la educación, o más bien, de la escolarización, tal como lo estipula el artículo 26 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales” (Organización de las Naciones Unidas, 1948, 8). Otros propósitos –subjetivamente planteados– pueden ir desde obtener un título para conseguir un trabajo, hasta el logro de satisfacción personal o simplemente “aprender”.

La educación en línea cumple con algunos de los objetivos que nos planteamos y ha tenido acogida principalmente por el alcance que logra a costos inferiores. No obstante, su galopante auge se detiene cuando de títulos se trata. Las credentials que otorga un curso online no poseen el mismo renombre que un título en cartulina de hilo.

Aun cuando la institución con mayor renombre otorgue el título de un aprendizaje virtual, este no tiene la misma equivalencia. Sin embargo, esto va cambiando y es evidente en algunos países de Europa, pues “un 32 % de la formación que se imparte en España hoy ya es formación online” (Caldentey, 2018, párr. 3) Asimismo, no se puede dejar de lado el creciente impacto económico que tiene esta industria, que para “el año 2015 ya generaba más de 165 mil millones de dólares estadounidenses y entre el 2018 y el 2023 se estima que esta cifra podría llegar a unos 240 mil millones, con un crecimiento interanual de un 5%” (OBS, 2019, párr. 2).

El deseo de educarse es intrínseco al ser humano y cuando Rothbard (1999) asegura que “el mejor tipo de instrucción formal es aquel que mejor se adapta a su propia individualidad en particular” (p. 5), el e-learning lo ejemplifica casi por naturaleza. No solo porque explora la capacidad individual del ser humano de indagar, de investigar, de ir más allá, sino porque le permite un aprendizaje más activo, dada también la impresionante velocidad con la que el conocimiento se multiplica y se expande en internet.

Así, surgen iniciativas disruptivas e interesantes como “The University of Everywhere”, una propuesta con la que la Universidad de Harvard y el MIT motivan a los estudiantes a asistir a la universidad del futuro. Esta iniciativa brinda acceso a recursos educativos que han sido escasos y costosos, pero que ya no lo son porque todo material puede ser digitalizado (libros, videos de conferencias, imágenes, sonidos) y porque genera entornos de aprendizaje digital cada vez más potentes.

The University of Everywhere estaría disponible para cualquier persona en el mundo con una conexión a internet y su inscripción será de por vida, un aspecto fundamental de la vida moderna (Carey, 2015). Con esta información nos podemos preguntar, ¿cuántos nos saldríamos de la universidad en la que estamos inscritos para ir a la University of Everywhere?

Hoy, que se dan cambios que nos entregan mejor calidad de vida o que nos explican fenómenos inexplicables, es importante contemplar la idea de aplicar todo lo necesario para mejorar la educación. No se descarta la validez de los métodos aplicados y no se propone el reemplazo del profesor por un computador, ni la interacción física por pantallas. Sin darnos cuenta, tenemos años educándonos en línea, aunque probablemente no supimos cuan-

do empezamos a hacerlo. Es decir, aprobamos la educación en línea, pero como complemento de la educación tradicional. Se propone una sinergia: reconocer que, gracias al ser humano, contamos con herramientas invaluable que permiten a múltiples metodologías converger en un ecosistema de florecimiento del aprendizaje y, en consecuencia, el desarrollo de la humanidad, sin olvidar que estar presente es el clic que necesitamos para que las tecnologías funcionen.

## Referencias

Caldentey, D. (29 de enero de 2018). *Por qué triunfa la educación universitaria online en España y Latinoamérica puede copiar su modelo*. Universidad Internacional de la Rioja UNIR. Obtenido de <https://www.unir.net/educacion/revista/noticias/por-que-triunfa-la-educacion-universitaria-online-en-espana-y-latinoamerica-puede-copiar-su-modelo/549203538915/>

Carey, K. (2015). *The end of college: Creating the future of learning and the university of everywhere*. Nueva York: Riverhead Books.

Menger, C. (1985). *Investigations into the method of the social sciences with special reference to economics*. New York: New York University Press.

OBS. (2019). *El mercado de e-learning está en expansión y se prevé que esta tendencia continúe en los próximos años*. Barcelona: OBS.

Organización de las Naciones Unidas. (1948). *Declaración Universal de Derechos Humanos*. Ginebra: Autor.

Rothbard, M. (1999). *Education, free and compulsory: The individual's education*. Auburn: The Ludwig von Mises Institute.